

Voces de teatro en México a fin de milenio
Colección Periodismo cultural del Conaculta

Voces y ecos.

Por: Mauricio Jiménez*

Voces de teatro en México a fin de milenio de Estela Leñero Franco es de los libros que se leen de un tirón, pues su escritura es directa, la utilización que hace de la palabra es precisa y de gran rigor, además de tener un sentido dramático que enseguida nos provoca, nos insita y nos guía por un espléndido y generoso recorrido por distintos parajes del arte teatral de nuestra variopinta república del teatro. Un libro sintético y claro, con ninguna dificultad nos tropezamos y no hay necesidad de obstinarse con alguna palabra o concepto, pues su estructura es de la mejor cepa clásica.

Estela con un conocimiento implícito logra exponer libremente su opinión sobre las distintas formas de crear el teatro. Pasa de la reseña a la entrevista, de la entrevista a la crítica, de la crítica al ensayo y del ensayo se aventura a estructurar sus afanes como creadora. Sin dejar de lado sus afectos, sus avenencias y desavenencias, al mismo tiempo logramos percibir su infatigable humor y el gran eco de su risa.

La primera parte de cuatro, la titula *Huellas efímeras* es una acuciosa reflexión, una comprometida serie de reseñas y entrevistas que se convierten en un mural explícito de nuestro quehacer teatral en México. A través de preguntas implícitas Estela nos entrega la síntesis de lo reseñado, aderezado con los comentarios de los

responsables del hecho escénico. Así, de la manera más directa, Estela nos muestra con gran eficacia los deseos y los logros de quienes somos entrevistados. Al final, con gran precisión, enmarca en una pequeña ficha quienes participan en el montaje o experimento, así como quienes produjeron la obra en cuestión.

Con una apasionada e indiscutible acuciosidad, Estela logra revelar los pequeños relieves y bemoles de los creadores, muchas veces poniendo en evidencia nuestro deseo y comparándolo con nuestros hechos concretos, así sin necesidad, ni obligación de demostrar su opinión se vierte y es expresada en el mismo otorgamiento de la palabra al otro y en su compromiso de mostrar al otro incluso con sus propias palabras. Por eso al leer el libro nos sentimos partícipes y cómplices porque escuchamos un diálogo dramático, una lucha por contener con la palabra el pensamiento. La agudeza de dramaturga de Estela se deja ver en cada una de las reseñas y críticas al dejarnos oír de cerca, y con su singularidad a los corresponsables de las puestas en escena.

En este primer apartado Estela concluye dándonos una ficha de quienes participan en el montaje y quienes o cuales instituciones avalaron el trabajo.

Ya afianzada en su experiencia como observadora profesional; Estela en franco reto conforma con sus textos una crítica más definida e inquietante en el segundo apartado de su libro; sus aficiones por la originalidad y el desafío en el espacio, se manifiestan en sus preferencias y exaltaciones muy señaladas. Es palpable que la irreverencia, las concepciones temáticas fuertes y las miradas que transforman el espacio, la atraen sobremanera

y logra hacer un discurso coherente, lógico y sintético de las obras y coreografías que para los legos serían indescifrables.

Su gran intuición y disciplina la hacen percibir con claridad cuando la vida ronda el escenario, su admiración sincera y sin reticencias para sus maestros, le ha permitido conformar una visión crítica que sin sombra de duda será una visita obligada para quienes intentemos hacer un teatro futuro. Al mismo tiempo que plasma sus agudas críticas, es capaz de desarrollar una conferencia donde asume su papel de Casandra en la mismísima ciudad de Delfos, otorgándonos con esa conferencia, un repaso a la memoria pérdida sobre las creadoras de la dramaturgia mexicana. Muchas páginas nos dejan ver la capacidad de contacto y cercanía que tiene la autora para hablarnos de su experiencia como testigo memorioso del quehacer escénico.

Rescataría un sin número de reseñas y críticas; pero me refugiaría constantemente en el apartado que denominó *Haciendo memoria*, pues en ese capítulo, Estela aventura un conjunto de referencias que le van a significar hasta la fecha, su cimiento y base para conservar su pasión y enjundia por una manera de vivir en esta tierra.

La estructura realista es trastocada por la imaginería del absurdo y esta forma dará obviamente un nuevo contenido. En Estela leemos que nuestro territorio de estilo y género - el tono para algunos - , es el lugar donde a ella le gusta habitar y logramos aproximarnos a estas formas eclécticas y a esta convergencia de discursos a través de una palabra atemperada y con la difícil gracia de la precisión, así, con esa palabra que ella sabe conducir por

el laberinto beckettiano, también es capaz de provocarnos un llanto silencioso y entrañable con la memoria que hace de uno de los nuestros Jesús González Dávila.

Una paciente y entregada visita a otras partes del mundo, la hacen acentuar su mirada sobre un teatro que distingue el aburrimiento y la vida, al mismo tiempo en su libro de fin de milenio, con Estela podemos viajar confiados de que eso que ella reseña y critica ha sido meticulosamente observado y trasladado a una fina urdimbre del lenguaje hablado.

Me impresiona que su capacidad de escritura tenga tal eficacia, que a quince años, el más viejo de los artículos, gracias a una estructura clásica, conservará vigencia.

No puedo dejar de mencionar una obviedad: al exponer sus críticas y sus entrevistas uno es movido y provocado a tomar posición frente al hecho observado y uno nunca sale ileso, siempre te ves afectado, y cuando hay indiferencia ante lo escrito, esa indiferencia es obviamente fingida, sólo una mirada y un entrenamiento tan agudo de la crítica, puede movernos a la discusión, este libro tendría que ser un texto obligado, no sólo para el periodismo cultural ni para los que hacemos el teatro, sino como una memoria viva de los que nos sentimos parte de este territorio llamado México.

Casi al finalizar el libro con la misma energía y desenfado crea una pequeña ficción teórico-realista, de los distintos elementos que conforman la base del teatro: palabra, acción, actores, directores y autores, al dejar escuchar todas las voces, sin dejar el humor de lado. Estela conforma una voz: su voz plural, en ella somos nosotros,

nosotros somos en ella, sí, estoy seguro, este libro no es una Estela, es un legado.

*Mauricio Jiménez, director y dramaturgo mexicano, con una larga trayectoria en el teatro experimental y profesional.